

La Novela Cinematografica

LA MALDICION DEL ADIVINO



Segunda Epoca
Número 25

15 cénts.

LA MULDICION DEL ADIVINO

La Novela Cinematográfica

... TORRES, 25 (G) — BARCELONA ...

Segunda Epoca

Número 25

DER SCHÄDEL DER PHARAONENTOCHTER
1920

La maldición del Adivino

MARGIT

BARNAY

PROLOGO

Monrad Platter y Margit acaban de contraer matrimonio y a instancias del padre de la joven desposada que ha adquirido al efecto el castillo de Rottenstein, van a pasar la luna de miel a la citada posesión holandesa.

El castillo y el paisaje son propicios al amor. Allí se respira un ambiente patriarcal, que convida a vivir las horas de un amor dulce y sosegado. En su castillo quieren dejar el recuerdo de sus horas felices.

Apenas instalados en el magnífico castillo, entre los volúmenes que forman la biblioteca, llama la atención de Conrad y de su joven esposa, la Crónica de

la familia Rottenstein. Por algunos datos sueltos, Margit entra en deseos de explorar una torre del castillo tapiada en tiempos antiguos, pero su marido opta por aplazar la visita para cuando hayan leído la crónica por completo.

Ya es sabido que la historia de la mujer es la historia de la curiosidad. Margit, como mujer, es curiosa y quiere saber cuanto antes el secreto de la familia Rottenstein.

Ella quiere inducir a su esposo a que no aplace los exploramientos, pero Conrad, además de ser un hombre ordenado y muy sereno, acostumbra a ser calmoso.

—¡Quién sabe, Conrad, lo que puede haber detrás de este secreto! Creemé, no retrases las investigaciones y procede con gran rapidez.

—Por lo mismo que no sé en qué consiste el secreto, quiero proceder con cautela.

—Con los datos que tenemos y con los que encontraremos en la historia de la familia, podríamos empezar.

—No lo creas. Lo primero es leer la historia, luego comprobar los extremos que nos parezcan intrincados o dudosos y finalmente obraremos.

—Y cuándo vamos a empezar la lectura de tan interesante libro?

—Hoy mismo.

Y aquella misma noche el joven matrimonio comenzó a leer el historial, por la leyenda titulada: **LA MALDICION DEL ADIVINO**.

He aquí lo que leyeron:

En el año 730 antes de Jesucristo, el faraón del Imperio de los Faraones, que se extendía por el norte de África y el sur de Europa, se dirigió a su consejero principal, el sacerdote del dios Amón, para que le diera consejos para que su reino durara más tiempo. El sacerdote le respondió: «El rey debe ser prudente y no hacer nada que ofenda a los dioses, porque si lo hace, su reino no durará más de 100 años». El rey, que era un hombre prudente, siguió los consejos del sacerdote y su reino duró más de 100 años.

En EGIPTO, BAJO LA DOMINACION FARAONICA EL A—O 730 ANTES DE JESUCRISTO

El Imperio de los Faraones amenaza derrumbarse. Síntomas mil, denotan su próximo e inexorable hundimiento. No obstante, el soberbio rey Okon, cuya decadente soberanía se extiende a todo el Egipto, desoyendo prudentes advertencias de sus fieles consejeros que desconfían de los príncipes tributarios recibe el falso homenaje de éstos y les obsequia con toda la imperial magnificencia. Para este acto de aparente sumisión han venido príncipes, incluso de las más lejanas tierras. Pero el primero en adelantarse a rendir pleitesía al soberano es el joven y apuesto Tilaka, quien ama secretamente a la princesa Anertis, única hija del rey. Durante la ceremonia sus ojos no se apartan de Anertis, que está a la

derecha de Okon y la joven muestra bien a las claras que no la es indiferente la muda admiración del gallardo Tilaka. En sus miradas brillan las flechas del Amor,

Durante el ceremonial, el apuesto Tilaka no ha prestado atención a nada. Para él, en aquel ambiente de magnificencia y de refinado arte, sólo una joya ha llamado poderosamente su atención: la hermosura angelical de Anertis, la expresión dulce y melancólica de sus ojos de violeta, el ronrón apacible y subyugador de la hija del rey...

De lo demás casi no se ha enterado.

Acabado el homenaje que los príncipes feudatarios rindieron a su amo y señor, el joven príncipe sintió tener que abandonar aquel salón, en el que la encantadora Anertis brillaba con todo su esplendor.

Mientras de nuevo los consejeros señalan normas de prudencia al soberano que éste, altanero, rechaza diciendo: «¡No temáis! ¡Mi poder es inquebarntable!» la princesa Anertis, dando un paseo con sus esclavas por los campos que circundan el palacio, encuentra al príncipe Tilaka. En el pecho de ambos jóvenes arde ya la misma amorosa llama.

Del arquero del Dios Cupido ha salido una flecha que ha herido dos corazones jóvenes.

El príncipe y la princesa desde que se vieron se amaron. En sus ojos brilló la llama divina del amor. Unas palabras sencillas e incoherentes bastaron para que se comprendieran.

Anertis conoce el temperamento violento y absolutista de su padre, y aun sintiéndose enamorada del joven galán le ruega con insistencia:

—No me habléis más, vuestras palabras me llenan de felicidad, pero pueden ser recogidas por oídos indiscretos y mi padre no nos perdonaría, que sin contar con él, nos hayamos atrevido a amarnos.

—Yo también conozco la dureza de su carácter, pero no creo que se oponga a nuestro amor.

—Si es él quien lo insinúa lo verá con agrado, si se entera por otros no consentirá jamás.

—Qué hemos de hacer? Yo no quiero renunciar a tu amor aunque tenga que perder la vida.

—Yo también por ti haría el mayor de los sacrificios si llegara el caso, pero creo que lo preferible es separarnos... y esperar.

—Pero, mujer...

—¡Calla! He visto que alguien nos ha sorprendido... ¡Vete!... Te lo ruego.

—Me hiré si me concedes una entrevista, donde nadie nos pueda sorprender. ¡Dónde podamos hablar a solas.

—Esta noche te esperaré.

—¿Dónde y cuándo?

—Después del banquete con que mi padre obsequia a los príncipes extranjeros feudatarios.

—¿Dónde?—preguntó con ansiedad el joven y apuesto príncipe.

—En mis habitaciones particulares. Allí, si entras discretamente, nadie nos molestará.

—¡Tus doncellas te inspiran confianza?

—¡Absoluta!... y ahora déjame.

—Entonces, hasta luego.

Y los jóvenes se separaron satisfechos, convencidos de que el tirano sería burlado,

A la sazón, reunidos en secreto los príncipes, han acordado precipitar la caída del corrompido imperio faraónico, juramentándose para dar muerte al tirano a fin de que en el vasto reino luzcan nuevas auroras de vida próspera y feliz. Tilaka no se halla presente, mas cuando llega para informarse de los acuerdos, es elegido unánimemente por su juventud, para realizar el comón anhelo de reivindicación,

Tilaka no sale de su asombro. Jamás había entrado en sus planes llevar a cabo un regicidio, pero en aquellos momentos en que el amor le sonreía menos. Además, el odiado tirano era el padre de su amada.

Todos los príncipes al verle indeciso le insinuaron que él era el más indicado y por esto le habían elegido unánimemente.

Tilaka trató de convencerles de que era preferible tartar de llevarlos por un buen camino, con advertencias y en último extremo con amenazas. Sabía positivamente que si complimentaba la palabra que acababa de empeñar, aun saliendo bien de la empresa no podría gozar del amor de su adorada.

Anertis jamás podría perdonarle que fuera el asesino de su padre.

Vencida su primera indecisión Tilaka se decidió a ser el ejecutor de la suprema justicia, estando dispuesto a sacrificar su corazón para salvar a su patria.

Entonces, el adivino Paopis, su consejero le dice: —¡Okon ha de morir! ¡Con él se han de hundir en las tinieblas, la tiranía y el opprobio! —Y vuestro brazo, Tilaka, sea el ejecutor de la suprema justicia.

—Tilak, nacísteles omisión la ejecución de el malvado y
despiadado tirano que se ha de hundir en las tinieblas.
—El que es el malvado no merece la justicia de los
poderosos. Estoy a su lado.



...y el proconsul arrastró a Herma.

Vacilante al principio el ánimo del joven príncipe, acaba por jurar que cumplirá el mandato. Hasta tal punto dominan en su espíritu las ideas de libertad y progreso, sobre toda otra consideración personal o afectiva,

Al mismo tiempo, e indeciso por los adversos vaticinios de augures y consejeros, como si un presentimiento le guiara, el rey pide ante el altar del dios Buto, la paz para su reino, aquella paz que no ha sabido imponer con leyes prudentes y justas.

Con temeroso de que estalle una revolución que acabe con su poderío quisiera volver atrás, pero es imposible. Ni su orgullo le permite abdicar, ni los príncipes feudatarios podrían olvidar los agravios que han recibido.

En tanto, Anertis ha solicitado el consejo del más adicto de sus confidentes acerca de su próxima entrevista con Tilaka. El augur es un negro gigantesco que goza gran renombre por sus profundos conocimientos en las obscuras artes nigrománticas y adivinatorias. Después de haberla escuchado el adivino murmura:

...y no olvidéis princesa, que quien llega a poseer los favores de la hija del rey ha de desaparecer de entre los vivos.

Anertis, después de haber oído las palabras del adivino se arrepiente de haber concedido una entrevista, en sus habitaciones, al príncipe Tilaka. Ante la imposibilidad de volver atrás y dominada por el deseo lubroco de pasar a su lado dulces horas de amor pasional y satánico, decide esperar al príncipe, dejarse amar, y después evitar que pueda salir de su

aposento, para que el secreto no sea jamás conocido.

Una hora más tarde y con gran boato, desplegando ante los asombrados vasallos, imperiales esplendorres, se celebra en el gran salón del trono que brilla como ascua de oro, el banquete en honor de los príncipes tributarios.

Mediado el festín, Tilaka se retira sin ser visto a la cámara de Anertis y palpitante el corazón apresúrase a caer en la dulce cadena de sus brazos. El amor vence al punto con todo su cortejo de juveniles efusiones y entusiasmos. Pero más tarde el odio —avivado por las terribles palabras del adivino— triunfa en el corazón satánico y perverso de la bella. Y cuando el enamorado doncel, sonriente y feliz, se halla a sus pies, a una señal de la princesa aparecen los esclavos de la guardia de honor que cayendo de improviso sobre el joven, le asesinan y le arrastran fuera del aposento. Indescriptible es la risa diabólica con que mira Anertiss, el puñal ensangrentado que ha hecho desaparecer a Tilaka de entre los vivos.

Y lo singular del asunto es que sin saberlo, por un vesánico capricho, la perversa Anertis ha salvado de momento la vida de su augusto padre,

Al día siguiente, las predicciones se han cumplido.

—¡Oh, rey! —Llegan noticias de que las provincias se han levantado en armas! —dice un consejero.

Otro añade:

—Y para colmo de males vuestra hija yace en su lecho atacada de fiebre maligna.

Okon queda consternado. Ya no ve ni oye a sus consejeros. Todo su espíritu se concentra en su hija

enferma... corre a su aposento... y ordena místicas rogativas para que la deidad conserve la vida de Anertis.

No encontrando a su señor, el adivino Paopis, consejero del príncipe Tilaka, sospecha que la causante de su desaparición sea la princesa. Y con pretexto de curarla, penetra en la cámara a fin de saber «la verdad que ya presente nu alma».

En efecto, Anertis en su delirio febril, confiesa haber ordenado la muerte del joven príncipe.

Y entonces Paopis, arrebatado por la cólera, la maldice. Rígido con el brazo en alto, deja caer una a una las siniestras palabras:

¡Maldita seas! ¡Que en tu cráneo donde solo hubo amor impuso viva tu alma siglos enteros causando el infiernito a los que te encuentren, hasta hallar al fin la paz en las olas del mar!

En tanto, creyéndose traicionados, los príncipes extranjeros luchan enfurecidos y degüellan a los partidarios del rey. Amenazado por todas partes, Okon se suicida: no escapa a su destino. Respecto a Anertis, es salvada por su esclava favorita de las iras de los atacantes, pero muere en la fuga, a orillas del mar.

En el antiguo Milán, Maximiano Augusto, noble patrício procónsul de Roma en África que goza de la estimación general por su bondad y rectitud, vive feliz con su esposa Popea y su amado hijo Galba.

En el antiguo Milán, Maximiano Augusto, noble patrício procónsul de Roma en África que goza de la estimación general por su bondad y rectitud, vive feliz con su esposa Popea y su amado hijo Galba.

EN MEDOLANUM, EL ANTIGUO MILAN, TRESCIENTOS AZOS DESPUES DE JE- SUCRISTO

Maximiano Augusto, noble patrício procónsul de Roma en África que goza de la estimación general por su bondad y rectitud, vive feliz con su esposa Popea y su amado hijo Galba.

La dulce paz de hogar se respira en aquella casa. Jamás entre los esposos ha habido la menor discusión. Son dos corazones que palpitan al unísono y dos voluntades que coinciden en todo.

Para que la felicidad del matrimonio sea completa, su hijo Galba es obediente, bueno y muy listo.

Cierto día examinando el procer los planos de un templo que proyecta erigir cerca de Pelusium, le traen una calavera encontrada en las excavaciones, la cual aparece adornada con una hermosa diadema

de gran valor. El artístico trabajo de tan rara joya, le atrae de tal modo, que para contemplarla a su sabor se retira a su cámara, y siéndole imposible separarse del fatídico cráneo lo coloca a la cabecera de su cama. A partir de este momento el carácter de Maximiano Augusto cambia radicalmente. Su sueño intranquilo se puebla de extrañas visiones. E influenciado por el espíritu demoniaco, que a través del tiempo perdura en el cráneo, cuando Maximiano despierta ya no es el mismo. Donde antes había ternura ahora habrá crueza. La avaricia y la luxuria se han apoderado de él.

Aquel hombre en unas horas ha variado por completo. El amante y fiel esposo desdeña las caricias de su mujer para entregarse en brazos de amores mercenarios. Por un a palabra, por una mirada trata a su mujer con brutalidad, maltratándola de un modo despiadado. La presencia de su hijo le molesta y en el fondo odia a Galba.

Sólo desea tener dinero para malgastarlo con mujeres livianas y para entregarse a orgías bochornosas.

Su mujer y su hijo no se explican el repentino cambio y ruegan a los dioses que vuelva a tener el carácter de antes.

Tenía costumbre el procónsul de socorrer con larguezas a cuantos imploraban su favor pero ahora ya no es clemente con nadie y arroja violentamente de su aposento a los menesterosos. Jamás había codiciado a una mujer pero ahora sus ojos brillan luxuriosos al contemplar la hermosura y la inocencia de su esclava Helena.

La escena comienza en los bellos jardines del palacio de Maximiano. Este desde su cámara ha visto a la doncella Helena conversando con su enamorado el capitán Galerius. Y bajo el maléfico influjo del cráneo desciende hasta donde está la amaritelada pareja y se apodera violentamente de Helena. Galerius trata de protegerla pero Maximiano le hace atar y el capitán yace impotente al pie de las cortinas que ocultan el lecho adonde el procónsul arribastró a Helena desmayada. Poco después los pliegues del cortinaje se mueven lentamente y aparece Helena, quien, tambaleándose, cae sollozando sobre su amado. Helena desata a Galerius y este, libre, se precipita en la alcoba, extrangulando a Maximiano. En el combate contra la muerte, el prócer ase con manos temblorosas el cráneo de Anertiis, pero éstas, enfriándose, se encogen sobre él, sin que sea posible separarlas. Y el fatídico hallazgo le acompaña a la sepultura.

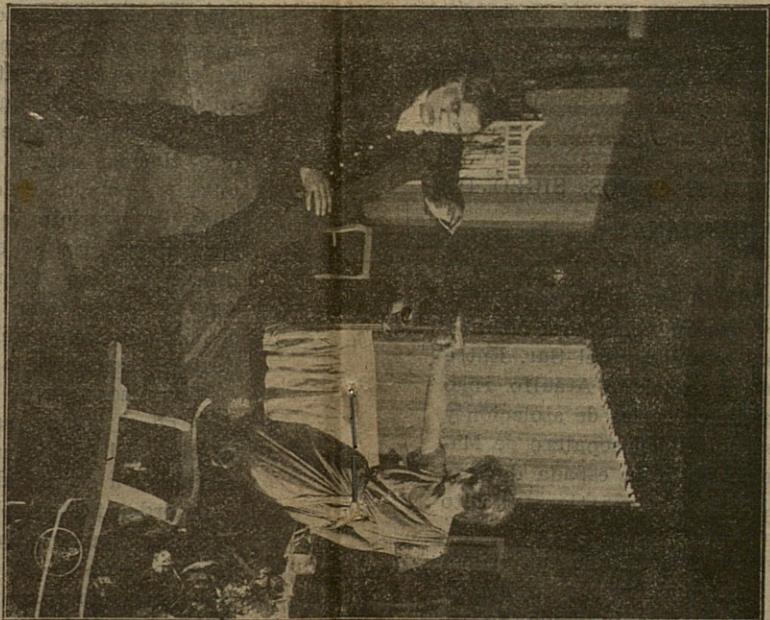
Sus manos inertes están agarrotadas, clavadas las uñas en el cráneo maléfico, y su esposa Popaea convencida del influjo satánico del cráneo, ordena que entierren a su marido con la calavera.

La orden fué cumplimentada exactamente.

Al día siguiente, mientras con todo boato, se celebra el sepelio del patricio romano, su esposa Popaea, lanza amargas quejas y lamentos a los dioses:

—¿Porqué ioh, Júpiter! enviaiste esta maldita calavera que había de conducir a mi amado esposo al sombrío reino de Plutón?

Margit coge un revolver, un tiro se escapa y ella cae al suelo gravemente herida, en tanto que Franz huye.



EN TIEMPO DE LOS GODOS, SIGLO IV
DE LA ERA CRISTIANA.

Los guerreros godos regresan vencedores de una incursión por las tierras templadas del Sur. Entre ellos viene Ingo, sobrino del anciano Ataulfo. Ingo es joven y vigoroso. En sus correrías de asolación y exterminio por Italia ha abierto el sepulcro de Maximiano y ha traído como botín la espada de éste y el cráneo de Anertis, cuya diadema tiene en alto aprecio.

Esto cuenta Ingo a su tío Ataulfo y a sus primos Brunilda y Amalarico, mostrándoles sus trofeos de victoria. Después, como la fatiga le rinde, se retira a descansar ocupando el lugar de honor en la rústica cabaña de su tío.

Ingo era un hombre, hasta que encontró el maldito cráneo, que le trastornó.

Momo los antiguos poseedores de la malefica calavera, en pocas horas Ingo cambió por completo.

Al día siguiente Ingo despierta cuando el sol había recorrido la mitad de su carrera. Y al levantarse está ya infiltrado en su alma el espíritu satánico de la hija del Faraón. Impulsado por el malefico y misterioso poder del cráneo rapsa a su prima Brunilda y este delito lleva a tío y sobrino ante el patriarca de la triibú que es a quien de derecho corresponde dirimir esta clase de desafueros. Obligados por la sentencia del patriarca a dejar el país, abandonando todos sus bienes, a Ingo se le permite llevar su botín conquistado en Italia, esto es; la espada y el cráneo.

El joven no quiso desprenderse del cráneo y se lo llevó consigo sin que llegara a sospechar que poco tiempo había de poseerlo.

La influencia de la calavera, como siempre, fué fatal. La miseria y el malhumor fueron compañeros inseparables de Ingo.

En tierras lejanas, en bosques vírgenes y solitarios levantan los desterrados Brunilda e Ingo su nuevo hogar. Pero hasta allí les persigue la desgracia. Hordas enemigas que cruzan el país en caballos salvajes arrastrándolo todo, les atacan y roban a Brunilda. Los invasores pegan fuego a la cabaña después de haber dejado dentro a Ingo fuertemente amarrado, y el desgraciado joven perece víctima del malito cráneo.

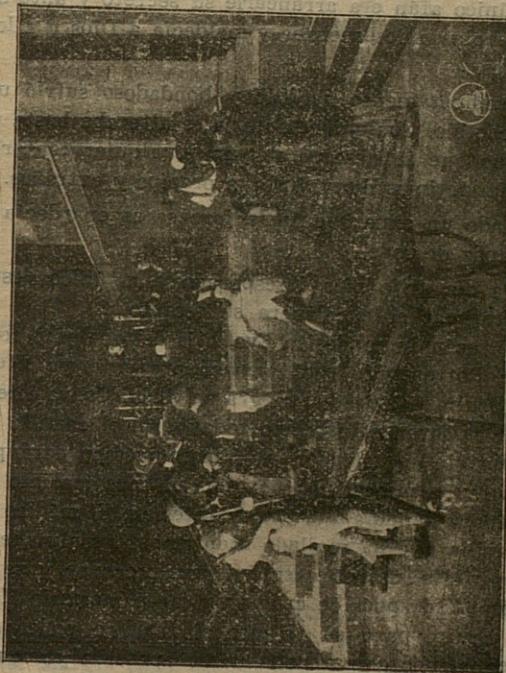
La calavera quedó en la cabaña y fué enterrada con el cadáver del joven.

EN HOLANDA, A MEDIADOS DEL SIGLO

EN HOLANDA, A MEDIADOS DEL SIGLO

XVI.

Más de mil años han transcurrido. Las rocas donde se alzaba la rústica cabaña de Ingo se han convertido en muros y baluartes de una gran ciudad de Holanda. Sus moradores cultivan en las afueras, huertos y jardines. Cierta día aparece en uno de ellos el cráneo. Un hortelano lo ha desenterrado cultivando su huerto y el ha arrojado a un lado sin cuidarse del hallazgo. Herman Bruin, médico famoso y bienhechor de los pobres, pasa casualmente por allí, lo recoge y se lo lleva. Pronto se hace sentir también en él, la perniciosa influencia del cráneo. Los malos instintos germinan en su corazón, abandona sus enfermos, y poseído por el espíritu del mal, el antiguo bondadoso médico se entrega a experimentos y reac-



Y después de cruento y largo martirio Herman Bruin, paga tributo al

ciones alquímicas anhelante de arrancar a la calavera su secreto.

El buen médico se pasaba las horas contemplando la calavera.

— Su único afán era arrancarle su secreto y ante su impotencia se desesperaba y maldecía a Dios y a los hombres.

Su temperamento pacífico y bondadoso sufrió un rudo cambio. Cualquier tontería le alteraba hasta el extremo que se desesperaba por cualquier tontería y hacía víctimas de su furor a propios y extraños.

Cuando un experimento le farcasa se enardecía y era capaz de todo.

Cada día vivía más desesperado y su único deseo era arancar a la calavera su secreto...

A la sazón, la condesita Eva, hija del opulento conde de Rottenstein, está gravemente enferma. Herman Bruin es avisado y logra salvarla. Convaleciente aún la joven e instalado todavía en el castillo de Rottenstein su salvador, el famoso médico para poner a Eva a merced de su voluntad hace mal uso de su ciencia, dándola una bebida infernal. El médico de la familia que ha vigilado atentamente sus manejos noche y día, descubre su indigno proceder y se le procesa. Y después de cruento y largo martirio Herman Bruin, paga su tributo al fatídico poder del cráneo, siendo emparedado en su aposento y sucumbiendo a las terribles torturas del aparedamiento y del hambre.

EPÍLOGO

La curiosidad de Margit, cada vez más excitada por el interés del relato, decide a Conrad a hacer derribar el muro que cierra el paso a la torre y Margit entra en posesión del cráneo de Anertis.

Después que sus manos tocaron la maldita calavera un cambio brusco se ha operado en la joven. Los malos instintos se despiertan en la hasta entonces inocente y alegre criatura, y su descooco y ardides seductores encienden la llama del deseo en el pecho de todos los hombres que trata. Hasta su criado Franz la corteja. Loco de celos vigila todos sus pasos y finalmente trata de poseerla por fuerza. En la lucha, Margit coge un revólver, un tiro se escapa y ella cae al suelo gravemente herida, en tanto que Franz huye y en frágil lancha busca la muerte en alta mar.

Entregado a tristes reflexiones, después de lo sucedido, Conrad Platter recuerda el pasaje leído en la Crónica de los Rottenstein, y dando al fin crédito a lo que hasta entonces había tenido por simple leyenda, corre a arrojar al mar la calavera maldita, donde cumpliéndose la maldición de adivino Paopis, había de encontrar el alma de Anertis eterno reposo.

Desvanecido el poder maléfico, Margit recobra la salud y la truncada felicidad renace. Una primavera de amor florece de nuevo en los jóvenes esposos...

Anertis está por siempre liberada y con ella la Humanidad.

FIN



THE SILENT BARRIER
1920

El número próximo publicaremos:

UN DRAMA EN LA NIEVE

interpretada por Gladys Hulette y Florence Dixon.

El día 19 publicaremos:

LOS MISERABLES

64 páginas 0'25 ctms. Creación de William Farnum.

El día 26 publicaremos:

UNA MUJER DE PARIS O LA OPINION PUBLICA



N I Ñ O S

No degéis de comprar
el jueves próximo, el
segundo folleto de

Los Tres Mosqueteros

Y

Veinte años después

Precio 15 céntimos

Г О Й И

Міжнародна
кооперація
із
загальним
важливості

Ідеї Міжнародного

А

Відповідь
до
загальним

загальним

614